

PRESENCIA DE SAN FELIPE EN LA GESTA EMANCIPADORA

Por NICOLÁS PERAZZO

Asentada en el corazón del Valle del Yaracuy, luego de un proceso prolongado y devastador, San Felipe, conocida en las crónicas de la época como San Felipe “El Fuerte”, era para comienzos del siglo XIX una plácida y próspera ciudad de siete mil habitantes, descendientes directos de los antiguos y sufridos pobladores del originario Cerrito o Cerritos de Cocorote. A éstos se habían ido sumando, bajo esas condiciones, sucesivamente, familias de españoles peninsulares o canarios. Eran en su mayoría, los dirigentes calificados del medio, dentro del ordenamiento social de entonces, propietarios de ricas plantaciones de cacao y comerciantes de ese y otros frutos propicios de la región, como el tabaco y la caña de azúcar, que se utilizaba en algunos rústicos establecimientos de sus vecindades como el trapiche de “Espinales”; maíz, verduras y frutas comestibles de las más diversas especies, lo mismo que las aves de corral, los cerdos y las cabras, que —por regla general— se criaban en los solares de sus residencias urbanas o en el área asignada a la habitación de dueños y trabajadores asalariados o esclavos en el medio rural. La carne de bovinos se consumía, traída desde los llanos de la Portuguesa, en su mayor parte. Apenas algunas vacas se contaban, para el abastecimiento de sus propietarios y, en casos aislados, para proporcionarle leche a los demás pobladores con medios de adquirirla. También existían unos cuantos artesanos con talleres propios, casi todos.

Factores importantes de ese conglomerado habitacional eran, como en todas las demás regiones de la Venezuela colonial de aquellos historiados momentos, núcleos de pardos, mestizos, negros libres con posesión de la tierra y de indios adoctrinados, en tanto que escaseaban los esclavos, en razón de la renuencia a adquirirlos, provenientes de la proximidad de la región selvática de La Costa, abierta siempre al refugio de los fugitivos de esa inhumana condición de vida. Pero, los que se mantenían al lado de sus amos, eran comúnmente, tratados con relativa actitud familiar y algunos hasta liberados voluntariamente, pasando a la condición de servidores domésticos o jornaleros asalariados, en funciones propias de su sexo y capacidad respectivos.

Se habían registrado alteraciones públicas en el San Felipe de aquellos últimos años. Ya habían pasado el encono provocado por los hombres de la famosa Compañía Guipuzcoana, con factoría en la ciudad. Y unos cuantos de sus hijos, en condición económica y social apropiada, habían ido egresando de los cursos

de gramática y retórica, para trasladarse algunos de ellos a seguir estudios universitarios en Caracas o a disponerse para la carrera eclesiástica. La ciudad contaba, además, con casas de oración, como el Templo de Nuestra Señora de la Presentación y la Iglesia de la Santísima Trinidad, construida esta última, por cuenta de la Cofradía de Pardos del lugar. Y se alzaba, asimismo, un edificio destinado a Teatro de Comedias y otras expresiones de índole cultural.

En esas condiciones transcurría la vida de San Felipe "El Fuerte" para el año memorable de 1810. Grande era la distancia que la separaba de Caracas y difíciles sus comunicaciones con la metrópolis colonial. Pero el aislamiento era relativo, por mantenerse en comunicación lenta, pero constante, con sus familiares los jóvenes que estudiaban o se habían establecido en la Ciudad del Guaire, y que en aquella oportunidad asumiría papeles significativos en los acontecimientos que iban a culminar con el pronunciamiento autonomista del Jueves Santo 19 de abril de aquel año de 1810, como para incidir hacia la declaratoria de la Independencia el 5 de julio de 1811.

Entre aquellos memorables gestores de la nacionalidad destacáronse, entonces, el joven médico Dr. José Rafael Villarreal, por su intervención decisiva en el rechazo popular del Gobernador y Capitán General Emparan, desde la Plaza Mayor y ante la consulta propuesta por el Canónigo don José Cortés Madariaga y el fogoso clérigo don José Joaquín Liendo Larrea, el primero, caído entre las ruinas del devastador terremoto del 26 de marzo de 1812, en Caracas; y el segundo, víctima de represalias del caudillo español don Domingo Monteverde, a la caída sucesiva de la Primera República.

En el Supremo Congreso, San Felipe estuvo representado por el abogado don Juan José de Maya, quien lo hizo con claro sentido de naciente patriotismo y se mantuvo en esa posición hasta su muerte en el exilio de las Antillas, pocos años después, pese a la influencia poderosa de su hermano, el Pbro. don Manuel Vicente de Maya, cuya actitud en el Congreso, en donde representaba a la lejana villa andina de La Grita, estuvo en discrepancia con la mayoría, sosteniendo el criterio de no considerarse autorizado por sus electores para votar en favor de la Independencia.

Después vinieron los días trágicos del sismo del año 12 a que hemos hecho referencia. San Felipe "El Fuerte" quedó completamente arrasada y no desapareció como centro poblado por la entereza de los sobrevivientes de la catástrofe. Pero se vio sometida de nuevo al dominio colonial por el triunfo de Monteverde y luego, tras unos breves días de libertad patriótica, por el inmerecido y triste fin de la Campaña Admirable del Libertador.

Entre tanto, el espíritu patriótico se mantenía en la conciencia y la voluntad de la mayoría de la renaciente población en su nueva sede, al margen de la que otrora fuera espléndida ciudad de la Colonia.

Muchos fueron los sanfipeños que se dieron por entero a la lucha emancipadora. Muchos y de sus distintas clases de familia y de fortuna. Pero, entre ellos cabe señalar, como los más esclarecidos en el procerato de aquellos años de sacrificios, de lucha y de victoria, dos hombres que representan en sí mismos, el am-

plio espíritu de solidaridad humana y social que ha caracterizado a la inmensa mayoría de la población venezolana, a través del tiempo y de los cambiantes regímenes de su vida nacional: José Gabriel Alvarez de Lugo y Freytes, mejor conocido en los anales patrios como José Gabriel Lugo y José Joaquín Veroes. Esto, sin desmedro de otros tan meritorios como el Coronel Juan José Liendo Larrea y su hermano Juan Gabriel, éste último fusilado en Guanare, en noviembre de 1813, por el jefe realista Puy; y el Teniente Coronel Rafael Antonio Zumeta y su hermano José de Jesús Zumeta, entre otros de méritos y servicios dignos del mejor recuerdo.

José Gabriel Lugo descendía de una familia de preponderancia social y económica, formada por el matrimonio del caballero canario don Agustín Alvarez de Lugo, proveniente de Las Palmas y llegado a San Felipe "El Fuerte", en la primera mitad del siglo XVIII, con una graciosa dama del lugar, doña Isabel de Padilla, hija de don Esteban de Padilla, maestro de filosofía y de doña Josefina Sánchez de Oviedo.

Del enlace nupcial de don Gabriel Alvarez de Lugo y Padilla con doña Soledad Freytes Rodríguez, celebrado el 8 de octubre de 1783, seis años más tarde nació don José Gabriel. Sus progenitores están, además, emparentados con los Maya, los Elizondo, los Zumeta, los Travieso y con miembros de otras familias notables de la región.

Le tocó vivir y actuar, durante sus primeros años en las postrimerías de la esplendorosa colonia del Valle del Yaracuy, en donde su familia poseía bienes estimables de fortuna, en fincas urbanas y rurales. Un tío suyo, el Pbro. don José María de Alvarez de Lugo y Padilla, llegó a desempeñar la Secretaría del Illmo. señor Dr. don Francisco de Ibarra, Vigésimo Sexto Obispo y desde el año de 1804, primer Arzobispo de Caracas.

Cuando apenas contaba 21 años, se producen en Caracas los acontecimientos del 19 de abril de 1810. El eco clamoroso de esos hechos en los cuales participaron activamente, como hemos visto, dos hijos de San Felipe, no tardaron en llegar a la ciudad.

Pero, con anterioridad a esa fecha clásica de la nacionalidad venezolana, José Gabriel había establecido en la escuelita local, amistad que iba a ser perdurable, con un muchacho de color, nieto de esclavos y protegido por su familia, el también futuro prócer de la Independencia, José Joaquín Veroes. Ambos frecuentaban el plantel y compartieron momentos de regocijo infantil en sus horas de asueto.

Don José Gabriel, ese día —Jueves Santo 19 de Abril— asiste con los suyos a las ceremonias religiosas del templo de Nuestra Señora de la Presentación, organizadas por el Vicario Foráneo, Pbro. Br. don José Ramón Montañez, asistido por el Pbro. Dr. don Diego Núñez.

Entre tanto, en las afueras del templo se produce un incidente clamoroso que abriría el camino a su joven compañero de escuela hacia rango procer en la edificación de Patrias definidas y perdurables de la América hispana. Ese incidente

podría decirse que fue como un eco impremeditado, pero efectivo, de los lejanos sucesos de Caracas. Porque, a la misma hora en que el Gobernador y Capitán General de la Provincia, don Vicente de Emparan era obligado a regresar al Cabildo por las voces del pueblo congregado en la Plaza Mayor de Caracas, bajo las consignas de los jóvenes patricios metropolitanos, entre quienes se destaca el médico sanfelipeño don José Rafael Villarreal, insurge el sentimiento de decoro humano en la voluntad de ser libre y respetado de José Joaquín Veroes contra el arrebato discriminatorio de un hijo del Alférez Real de San Felipe, don Tomás Ignacio de Arrivillaga. Y se produjo el legendario incidente entre el joven negro, protegido de los Alvarez de Lugo y el vástago de Arrivillaga y su mujer, doña Soledad Lovera, quien había protagonizado en años anteriores un litigio históricamente comprobado, con la futura heroína legendaria de la guerra magna, doña Cecilia Mujica, esposa, a su vez, de don Andrés Ambrosio Vidal.

Como consecuencia del incidente del 19 de abril de 1810, en San Felipe, el joven Veroes se ve obligado a abandonar su modesta, pero segura posición en San Felipe, para llegarse hasta El Tocuyo, refugiándose al lado de su amigo y paisano, el barbero y vacunador Antonio Altuve y, luego, al paso de las tropas patriotas del Marqués del Toro por esa población, en plan de campaña contra la resistencia realista de Coro, se alistó para iniciar así su carrera militar que lo conduciría, tras alternativas de diversa fortuna, afrontadas con indeclinable fe de triunfo, bajo la conducción suprema de Bolívar, hasta las tierras del ancestral Imperio de los Incas, para señalarse, al lado del General Bartolomé Salom en la acción final de la toma de la plaza fuerte de El Callao. Y tal fue el mérito de su arrojo y feliz suceso que obtuvo el ascenso al grado de Coronel efectivo de los ejércitos libertadores y la condecoración honrosa que le impusiera personalmente el Libertador, ante un público integrado en parte por la más rancia aristocracia limeña, en el cumpleaños de su natalicio, el 24 de julio de 1826. Sus restos reposan ahora en el recinto agosto del Panteón Nacional. Pero sus últimos años de vida los dedicó en el retiro nativo de San Felipe, entre el cultivo de un pequeño fundo de cacao y el desempeño de modestos cargos en el gobierno regional del Yaracuy. Y concluyó su existencia con dignidad y con una lealtad ejemplar a la memoria de Bolívar.

José Gabriel Lugo, por su parte, no vaciló en ponerse al lado de los gestores de la Independencia. Al organizarse las milicias de San Felipe, y luego de recibir preparación inicial, acorde con las exigencias del momento, se le asigna el grado de Teniente del Cuerpo y al emprender el Marqués del Toro la infausta campaña contra Coro, pasó a formar parte del Cuerpo que comandaba el Coronel don Miguel Utzáriz, asistiendo en esa condición al acto en que se proclamó la Independencia en la ciudad, el 21 de septiembre de 1811. Con las alternativas de fortuna consiguientes entró, desde aquel instante, a luchar por la emancipación, sirviendo sucesivamente bajo el comando de Urdaneta, Soublette, el Almirante Brión, Mac Gregor, José Tadeo Monagas, Piar y del propio Libertador, llegando, así, hasta tierras de la Nueva Granada, desde donde regresa, al frente del Batallón "Tunja" y en 1820 entra a mandar, en las campañas de Barinas y Apure, el Batallón "Bo-yacá".

En vísperas de Carabobo se le designa como Comandante General de Occidente y en progresiva utilización de sus servicios, va desempeñando desde 1821, las Comandancias de los Valles de Aragua, de la Plaza Militar de La Guaira y la Jefatura de Operaciones contra la facción de Cisneros.

Desde el inicio de su carrera de sacrificios y de honores en la gesta magna, el prócer sanfelipeño había estado usando como nombre, simplemente, el de José Gabriel Lugo, como se le conoce en la Historia de esos tiempos.

Reemplazado de su último destino militar en noviembre de 1830, la muerte del Libertador y los sucesos posteriores, deplorables por la negación absurda de la obra y el respeto debido al Padre de la Patria, José Gabriel Lugo se mantiene fuera de servicio activo, hasta el año de 1835, cuando es llamado nuevamente a incorporarse al ejército constitucional de la República, hasta que en el año de 1841 se separa con el objeto de participar en la política activa de la nación. Ostenta para entonces el grado de Coronel hasta el triunfo de la Revolución Federal, en 1863, cuando se le concede el ascenso al rango de General de Brigada.

Cinco años después, el 4 de marzo de 1868, dejaba de existir, en Caracas, a la edad de 79 años. Sus restos no han podido rescatarse para conducirlos al Panteón Nacional, en cuyo augusto recinto le acordó puesto de honor el Lic. General Antonio Guzmán Blanco, por Decreto del 11 de febrero de 1876.

José Gabriel Lugo y José Joaquín Veroes, sin mengua de otros próceres ilustres de la localidad como el Coronel Rafael Antonio Zumeta significaron, con sus vidas consagradas a la edificación de esta Patria y, en general, al cumplimiento de los ideales de libertad e independencia de estas tierras del nuevo Continente, que realizara el más grande de los venezolanos de todos los tiempos: presencia efectiva de San Felipe en la Gesta Emancipadora. Sus nombres y el recuerdo de sus vidas, bien caben en esta oportunidad en que se le consagra al Libertador, con participación de la Convención de Cronistas Oficiales de Venezuela, el tributo férvido de patriotismo que nos impone la conmemoración del Bicentenario de su nacimiento. En ellos está representado el pueblo nuestro, sin distingos de ningún género. El uno, proveniente de familia de fortuna social y económica y el otro, surgido de la más humilde condición en los mismos aspectos. Pero ambos dignos de la frase final que en justiciero elogio de uno de ellos nos señala el insigne yaracuyano y gran venezolano, Rafael Caldera, en su tesis de bachillerato, precisamente en el instante en que iniciaba su luminosa carrera que le iba a llevar, para orgullo del gentilicio nuestro, a situaciones ganadas con el ejercicio de su vocación de estudio, su inteligencia y su capacidad intelectual y humana: "vida modesta y eficaz la suya, recuerda el apotegma de Bolívar, *la gloria está en ser grande y en ser útil*". Y eso fueron José Gabriel Lugo y José Joaquín Veroes: dos venezolanos grandes y útiles.